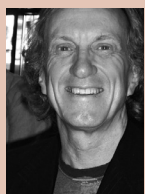


“La aventura más importante fuera de mi mundo sucedió cuando tenía trece años. Mi papá había adquirido un “buen” auto; empacamos y nos fuimos a unas vacaciones de ensueño [...] No estaba nada preparado para la inmensidad del mundo que conocí en ese viaje [...] Cada noche, me sumergía en los mapas a la luz de una lámpara de keroseno. Esto alimentó mucho mis esperanzas de aventuras por venir y agudizó mi desvelo en esas vacaciones. No recuerdo que hayamos tenido un plan en específico. No eran más que algunos posibles destinos, sin rutas predefinidas. Nuestro principal objetivo era encontrar los caminos con las vistas más asombrosas”.

“La distancia que se puede recorrer en una sola conversación terapéutica, desde el punto de partida de un desenlace extraordinario hasta nuevos territorios de vida e identidad, es a menudo realmente asombrosa. Nunca podemos prever este destino en el inicio. En mi experiencia con estas conversaciones, la única cosa que podemos prever con toda seguridad es que el resultado desafíe cualquier predicción nuestra. Es uno de los aspectos más fascinantes de involucrarse en estas prácticas narrativas. En el contexto de estas conversaciones permanecemos “en suspenso” en cuanto al resultado. Lo único que sabemos es que cuando terminen, estaremos en territorios de vida y de identidad que no podíamos haber imaginado al principio”.

Michael White



MICHAEL WHITE (1948-2008) es uno de los fundadores de lo que hoy conocemos como terapia narrativa. Durante gran parte de su carrera co-dirigió el *Dulwich Centre* en Adelaide, Australia, donde publicó la mayor parte de su obra. A finales de su vida fundó un nuevo proyecto: *Adelaide Narrative Therapy Centre*, hoy llamado *Narrative Practices Adelaide*. Fue co-autor, con David Epston, del texto fundacional de las prácticas narrativas: *Medios narrativos para fines terapéuticos*, entre otras obras fundamentales de la terapia narrativa. Michael White siempre se identificó como un colaborador más en el desarrollo de estas ideas y prácticas, como parte de una comunidad de personas que contribuyeron al desarrollo de las mismas y siempre mantuvo viva la curiosidad por conocer y contribuir con desarrollos locales de la práctica narrativa.

MICHAEL
WHITE

MAPAS de la práctica narrativa

MAPAS

de la práctica narrativa

MICHAEL WHITE



Pranas
Ediciones



Pranas

CASA
TONALÁ

colectivo
Prácticas Narrativas

Pranas
Ediciones

MAPAS DE LA PRÁCTICA NARRATIVA

MAPAS DE LA PRÁCTICA NARRATIVA

MICHAEL WHITE

CASA
TONALÁ

 colectivo
Prácticas Narrativas

Pranas
Ediciones 

Título del original en inglés: *Maps of Narrative Practice*
Copyright © 2007 by Michael White
“Para Michael y el lanzamiento de *Mapas de la práctica narrativa*” (2007)
Nueva York, W. W. Norton
Copyright © 2007 by David Epston

Traducción: Marcela Estrada Vega, Ítalo Latorre-Gentoso,
Carolina Letelier Astorga
Revisión técnica: Marcela Estrada Vega, Carolina Letelier Astorga, Ítalo
Latorre-Gentoso, Marina González Gutiérrez, Alfonso Díaz Smith

Coordinación editorial: Amandine Semat
Edición: Ramón Vera-Herrera, Mónica Nepote
Diseño de portada y diagramación: Gabriela Díaz
Primera edición: marzo de 2016, Santiago de Chile.

© de todas las ediciones en castellano, PRANAS Chile Ediciones
PRANAS Chile Ediciones es una editorial independiente,
ubicada en Santiago de Chile.
pranas@pranaschile.org
pranaschile.org

Esta edición fue desarrollada en colaboración con:
Colectivo de Prácticas Narrativas, México
info@colectivo.org.mx
colectivo.org.mx

Casa Tonalá, México
info@casatonala.com
casatonala.com

ISBN: 978-956-9719-01-1

Impreso en Chile y México – *Printed in Chile and Mexico*

*Dedico este libro a mi madre, Joan, amorosa
y generosa siempre, e infatigable en el intento
de que sus hijos tuvieran en la vida las oportu-
nidades que ella no tuvo.*

CASA
TONALÁ

 colectivo
Prácticas Narrativas

Pranas
Ediciones 

Introducción

Este libro aborda los mapas de la práctica narrativa. ¿Por qué “mapas”? En lo personal, siempre me han fascinado otras latitudes. Crecí en una familia de clase obrera, en una comunidad que pertenecía casi en su totalidad a esta clase, y aunque el acceso a otros mundos de vida me estuviera restringido, siempre me dieron mucha curiosidad. De niño, los mapas fueron los que me permitieron soñar aquellos mundos y transportarme desde la imaginación a otros lugares.

Cuando cumplí diez años, me regalaron una bicicleta. Hasta hoy no me han brindado regalo que me significara tanto —hasta la fecha no puedo vivir sin una. Con ese regalo, obtuve los medios para explorar otros mundos. Guiado por mapas y acompañado por mi hermano menor, nuestros amigos y nuestro perro Prince, anduve días enteros los mundos que colindaban con mi comunidad —esos mundos que me fascinaban, pero que apenas podía alcanzar. Aún recuerdo mi asombro la primera vez que fui en bicicleta a un mundo de clase media que parecía el “sueño americano” de los años cincuenta, con el que me había familiarizado gracias a la radio, los anuncios publicitarios y algunas revistas que conseguía.

La aventura más importante fuera de mi mundo sucedió cuando tenía trece años. Mi papá adquirió un “buen” auto; empacamos y nos fuimos a unas vacaciones de ensueño —acampamos por el Sur

de Australia y llegamos a Melbourne, Victoria (el estado que colinda al este) por la Gran Carretera del Océano. No estaba nada preparado para la inmensidad del mundo que conocí en ese viaje. Fui tocado por paisajes geográficos y territorios de vida que no podía haber imaginado y viví aventuras que todavía perviven en mi memoria.

Cada noche, me sumergía en los mapas a la luz de una lámpara de keroseno. Esto alimentó mucho mis esperanzas de aventuras por venir y agudizó mi desvelo en esas vacaciones. No recuerdo que hayamos tenido un plan en específico. No eran más que algunos posibles destinos, sin rutas predeterminadas. Nuestro principal objetivo era encontrar los caminos con las vistas más asombrosas.

Estas excursiones a los mundos que colindaban con la comunidad en la que crecí y el viaje memorable de Adelaida a Melbourne por la costa sur pertenecen para mí a un pasado remoto. Pero todavía disfruto la oportunidad de sumergirme en mapas cuando viajo por cuestiones de trabajo o cuando preparo mis vuelos por el país en avionetas Cessna y Piper. Mi eterna fascinación por los mapas me ha llevado a mirarlos como una metáfora para mi trabajo con las personas que me consultan sobre un rango de preocupaciones, dilemas y dificultades. Cuando nos sentamos esas personas y yo sé que nos embarcamos en un viaje cuyo destino no se puede definir con precisión. Sé que nos encaminamos por rutas que no podemos prever, que para alcanzar estos destinos desconocidos es muy probable que tomemos algunos caminos con vistas maravillosas. Sé que a medida que nos acerquemos a esos destinos, nos adentraremos a otros mundos de experiencias.

También sé que las aventuras que hallaremos en estos viajes no tendrán que ver con confirmar lo que ya sabemos sino con expediciones hacia lo que las personas pueden aprender de sus vidas. Esto se evidencia de tantas maneras. Por ejemplo, en el contexto de las conversaciones terapéuticas, las personas modifican invariablemente

sus metas o abrazan objetivos que de repente cobran importancia para ellas para generar cambios que no podrían haber previsto en un inicio. Cuando empieza una conversación terapéutica puede que la persona se proponga llegar a ser más independiente, y descarte esta propuesta, al hilo de la conversación, para voltear hacia la meta de abrazar más abiertamente una ética de compañerismo en sus actos de vida. O puede que una pareja muestre en un inicio el deseo de resolver diferencias, pero que en medio de la conversación terapéutica, decida reconocer y celebrar las diferencias en su relación.

Los mapas que reviso en este libro son, como todos los mapas, construcciones que podemos usar como referencia para guiar nuestros viajes —en este caso, los viajes con las personas que nos consultan por las dificultades y problemas de sus vidas. Como con los otros mapas, los podemos usar para que nos ayuden a hallar sendas hacia destinos que no podíamos haber determinado en el camino y a recorrer rutas que no podíamos haber previsto. Los mapas de este libro contribuyen, como cualquier otro mapa, a que estemos muy atentos a la diversidad de caminos que se nos abren para alcanzar nuestros destinos preferidos; estos caminos se pueden trazar y volverse familiares. La elaboración de estos mapas al hilo de los años surge sobre todo en respuesta a las peticiones que me hicieron de volver más transparentes los procesos terapéuticos que he desarrollado. Quiero enfatizar aquí que los mapas de este libro no son *los* mapas de la práctica narrativa o una “verdadera” guía, una guía “correcta” para la práctica narrativa, sea lo que sea que consideremos como práctica narrativa.

Como soy el autor de estos mapas, quiero enfatizar que no los uso para vigilar mis conversaciones con las personas que llegan a consulta. Las conversaciones terapéuticas no se pueden sistematizar; no me esmero en definir mis respuestas a lo que expresan las personas antes de que lo expresen. Sin embargo estoy consciente que los

mapas como los que se presentan en este libro me ayudan a responderles en modos que permiten explorar aspectos de sus territorios de vida que habían dejado de lado. Se abren sendas de posibilidades para abordar los problemas de sus vidas en formas que no hubieran imaginado.

Este tipo de mapas conforman una indagación terapéutica donde las personas se encuentran de pronto interesadas en novedosos modos de entender lo que sucede en sus vidas. Se vuelven curiosas en cuanto a aspectos de sus vidas que habían abandonado, se fascinan por territorios de identidad que habían dejado de lado y a veces las asombran sus propias respuestas ante las dificultades de su existencia. También creo que este tipo de mapas conforma una indagación terapéutica que contribuye al enriquecimiento de nuestros relatos como terapeutas en lo que atañe a nuestro trabajo y vida en general, y esto puede ser una fuente de inspiración. No me cabe ni la menor duda que fue lo que pasó en mi caso.

A veces, cuando imparto talleres o clases, me preguntan por qué es necesario tener mapas para la práctica terapéutica. Contesto que: “No es necesario en absoluto”. Lo que sí creo es que todos recurrimos a ciertas ideas que orientan el desarrollo de las conversaciones terapéuticas, aunque muy a menudo asumimos y aceptamos estas ideas hasta el punto de invisibilizarlas; ya no están disponibles para alcanzar una reflexión crítica. Y creo que es peligroso ya que nos puede limitar a reproducir lo que nos es familiar en nuestras prácticas sin que lo cuestionemos, sin que atendamos las consecuencias que pueda tener en las vidas de las personas que nos consultan. Ahora bien, entiendo perfectamente que no todo el mundo se sienta cercano a las metáforas del “mapa” y del “viaje”, que existe un mundo de metáforas que se pueden usar para caracterizar las prácticas terapéuticas. Agradezco los esfuerzos por traducir las prácticas descritas en este libro en términos asociados con otro tipo de metáforas.

Debo anotar además que las terapeutas y los terapeutas que no estén familiarizados con los mapas descritos aquí pueden encontrarlos extraños en un inicio, poco naturales; pueden sentir que su uso no es tan espontáneo. Esto es de esperarse. Cuando nos adentramos a nuevos territorios de conversaciones terapéuticas, puede que nos requiera mucho tiempo familiarizarnos con dichos territorios y volvernos competentes en las destrezas asociadas con estas exploraciones. La clave es practicar, practicar y practicar.

Me parece muy interesante ver que una práctica rigurosa es la que nos permite espontaneidad —las expresiones de vida que nos parecen más espontáneas son aquellas que más practicamos. Como en el caso de los músicos que improvisan con gran destreza, las buenas improvisaciones en el contexto de nuestras conversaciones se basan en una atención meticulosa al desarrollo de las habilidades terapéuticas. La posibilidad de seguir desarrollando nuestras habilidades nunca termina.

Percibo mi propia práctica como un aprendizaje infinito; sé que nunca llegaré a un lugar donde estar plenamente satisfecho de mi contribución a conversaciones terapéuticas eficientes. No ha habido hasta hoy ni una ocasión en la que haya podido decir: “si pudiera volver a empezar, no cambiaría nada de mis contribuciones a la conversación terapéutica”. Cuando reconozco lo anterior, no es que juzgue negativamente mi papel en estas conversaciones ni que lo devalúe. No le resta nada al disfrute que viví en ellas. Se trata más bien de mantener una perspectiva reflexiva sobre mi quehacer como terapeuta.

Emprender un viaje hacia lo desconocido con un mapa en mano siempre me llena de esperanzas. Espero que en la escritura de este libro pueda transmitir ese sentimiento de placer y de fascinación que suelo experimentar en los viajes que emprendemos en las conversaciones terapéuticas. Espero que los mapas que presento en este libro les sean útiles, lectora y lector, en las exploraciones de su práctica terapéutica.

